

SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

ESBOZO HISTÓRICO

(escrito por el P. Ignacio Iglesias sj)

La base biográfica más importante la ofreció el propio Ignacio hacia el fin de su vida. El P. Luis González de Cámara memorizaba y transcribía lo narrado. Lo que narra es biográfico, pero no toda su biografía. Esta comienza en el año 1491, casi en paralelo con la de Martín Lutero (1483-1546) y en vísperas de que Cristóbal Colón toque tierra americana. Dos acontecimientos, que van a tener que ver no poco en su vida. Último de trece hermanos, su infancia discurre en la casa-torre de Loyola, junto a Azpeitia, y en el caserío de Eguibar, donde es cuidado y criado, debido a la enfermedad y muerte de su madre.

Su adolescencia (1506-1521) se moverá -por cultura, ambición y costumbres- en ambientes cortesanos caballerescos de Castilla y La Rioja. Él mismo se autorretrata como «hombre dado a las vanidades del mundo». A los treinta años, defendiendo de los franceses el castillo de Pamplona, cae herido y es devuelto a Loyola. Sus pretensiones de medrar en la corte y en la milicia quedan brutalmente truncadas por esta herida.

Pero no sólo por ella. Durante la convalecencia (julio-septiembre de 1521), para matar el tiempo y el aburrimiento pide algunos libros. No hay otros a mano que la *Vita Christi* del Cartujano y el *Flos sanctorum*. Apenas abiertas sus páginas, descubre con sorpresa que hay otro Señor y otras formas de plantearse la vida. Le nace con fuerza un nuevo deseo que ya no le abandonará nunca: conocer al Señor.

Noble, apasionado, activo y decidido como es, pone en marcha inmediatamente un nuevo plan. Su objetivo primero es peregrinar a Jerusalén, expiar en penitencia sus pecados e iniciar otra vida. Aránzazu, Montserrat, Manresa son, ya en el otoño del mismo 1521, las primeras escalas de su itinerario geográfico y espiritual. Manresa sobre todo. En los diez meses de su estancia allí vive acontecimientos interiores que analiza profundamente observando sus sentimientos y mociones íntimas, y le crece el



deseo de ayudar a otros como él. Se siente ayudado por Dios. Escuela de una profunda y agitada experiencia de Dios, allí propiamente nace el Ignacio nuevo, de «una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas» (Autob. 30). En su deseo de ayudar recoge en un librito los momentos esenciales de esta experiencia. Nace así el texto de los Ejercicios espirituales (EE).

Desde Manresa, pasa a Barcelona, Roma y Venecia, solo, porque «esta confianza y afición y esperanza la quería tener sólo en Dios» (Autob. 35), llega a Jerusalén (4 de septiembre de 1523), donde sólo se le permitirá estar un mes. Experiencia nueva y transcendental en su vida. Busca a Jesús, adentrarse en su conocimiento interno, pero a la vez vive la frustración de sus planes, lo que acepta como signo de la voluntad de Dios, y se dispone a buscar otros caminos.

De regreso a Barcelona, con treinta y dos años, y con el único objetivo de ayudar más, inicia un nuevo camino de formación intelectual y sacerdotal (Barcelona, Alcalá, Salamanca, París), que simultánea -no sin problemas ante la Inquisición- con un servicio de evangelización de nuevo cuño, del que son piezas esenciales la dimensión conversacional (el tú a tú) y la oferta a otros de los elementos metodológicos extraídos de su propia experiencia, los *Ejercicios espirituales*.

París (1528-1534) aporta la novedad de la adhesión como amigos, de modo estable, de siete universitarios jovencísimos. Entre ellos Francisco Javier. Varios hacen los ejercicios espirituales bajo su dirección. Intercambian planes de vida (les fascina la utopía del grupo de apóstoles de los Hechos) y se comprometen con voto a ir a Jerusalén o, si no fuera posible, a ponerse a disposición del Vicario de Cristo para ser enviados en misión por todo el mundo.

Débil de salud y aconsejado por los médicos y compañeros, ya maestro en Artes, regresa temporalmente a Azpeitia (1535), para pasar después a Venecia, donde esperará con sus compañeros el viaje a Tierra Santa. Una espera (1536-1538) que unos y otros emplean apostólicamente, y durante la cual reciben la ordenación sacerdotal los que aún no eran presbíteros.

[ESBOZO HISTÓRICO (continuación)]

Ignacio mantiene la secreta esperanza de poder celebrar su primera misa en Jesusalén. Pero la celebrará, un año después, en la navidad de 1538, en Roma, ante el altar del Pesebre de Santa María la Mayor cuando, tras haber esperado sin éxito un barco para Oriente, deciden ponerse a disposición del Papa. Antes disciernen sobre su futuro y preparan la fórmula de un nuevo instituto, que será aprobado en 1540 y 1550, con importantes añadidos surgidos de la experiencia.

Roma (1541- 1556). Elegido General del nuevo instituto, a pesar de sus reiteradas resistencias, simultanea y compartirá con sus compañeros, hasta el fin de su vida una cuádruple labor: legislativa, de redacción orante de las *Constituciones* (un solo punto particular de la pobreza será objeto de un largo e intenso discernimiento); pastoral (da ejercicios y asesora espiritualmente); social (se interesa operativamente, de modo personal, por la comunidad judía de Roma y por la marginación); y misionera (envía a los nuevos jesuitas a los frentes más duros de aquel momento: Trento y Alemania, por un lado; América, Extremo Oriente y África, por otro).

La defensa y propagación de la fe como misión de Iglesia por medio del Papa en «aquella parte de la viña del Señor que tenga más necesidad», serán el objetivo y el criterio movilizador fundamental del nuevo Instituto. Un original sistema de intercomunicación epistolar mantendrá vigorosamente la relación personal y alimentará la comunión de este nuevo tipo de comunidad concebida y nacida para la dispersión y movilidad misioneras.

A su muerte (31 de julio de 1556), a sus 65 años, alrededor de mil miembros componen la Compañía de Jesús, repartidos en doce provincias y más de cien casas, la mayor parte colegios y centros de formación. Cincuenta y tres años después (1609) es beatificado por Paulo V y en 1622 canonizado, juntamente con Francisco Javier, por Gregorio XV. Pío XI lo declarará en 1922 patrono de los ejercicios espirituales. Su fiesta litúrgica se celebra el día 31 de julio.

ORANDO CON SAN IGNACIO



**Tomad, Señor, y recibid
toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer;
Vos me lo disteis,
a Vos Señor lo torno;
todo es vuestro,
disponed a toda vuestra voluntad;
dadme vuestro amor y gracia,
que ésta me basta. [EE, 234]**

**Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.**

**Sangre de Cristo, embriégame.
Agua del costado de Cristo, lávame.**

**Pasión de Cristo, confórtame.
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.**

**Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del enemigo, defiéndeme.**

**En la hora de mi muerte, llámame
y mándame ir a Ti.**

**Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén.**

